

Qué hacer cuando tu hijo gay dice: “Sí acepto”

Cómo amar y al mismo tiempo permanecer fiel

R. Nicholas Black

“Mamá y papá, tengo algo que decirles”. Los padres de Sharon se sentaron, inseguros de qué podían esperar cuando su hija habló con una mezcla de gozo y recelo. “¡He encontrado a ese alguien especial con quien pasar el resto de mi vida!”

Los padres de Sharon querían sentirse entusiasmados por su hija. Pero a medida que continuó la conversación, sus corazones se partieron. Sharon habló acerca del futuro y cómo había conocido al amor de su vida. Pero la persona con quien tenía la intención de casarse era otra mujer.

Sharon sabía de antemano que la fe de sus padres en Cristo causaría que ellos se opusieran a su relación. No obstante, les estaba pidiendo que dieran su bendición a su relación con alguien de su mismo sexo y que aceptaran a su pareja. Les mencionó que tenía la intención de casarse con esta mujer en el futuro cercano. Implícitamente en la invitación a su celebración de compromiso, estaba la amenaza de alejarse de ellos si su respuesta no era positiva.

Los padres de Sharon se sintieron atónitos y amenazados por este anuncio. Como otros padres antes que ellos, se encontraban en una senda que nunca pensaron transitar.

Si eres un padre cristiano enfrentando esta situación, estás en un lugar complicado. Por un lado, crees que la Escritura es clara en sólo permitir el matrimonio entre un hombre y una mujer. No obstante, tienes una hija o un hijo anunciando su desdén por el diseño de Dios para el matrimonio, revelado en la Escritura y afirmado por la iglesia por miles de años. ¿A dónde acudes por dirección cuando amas a tu hijo, pero sus acciones no sólo son pecaminosas sino dañinas para ella (o él), otros y para ti?

De pronto, tienes muchas preguntas que resolver: ¿Cómo mantengo una relación de amor con el hijo que crecí y atesoro, sin transigir en mis creencias cristianas? ¿Cómo puedo lidiar con el dolor de continuar amando a mi hijo cuando escoge un camino que la Palabra de Dios prohíbe? ¿Cómo puedo tener una relación con su pareja, cuyo involucramiento con mi hijo incentiva el comportamiento pecaminoso? ¿Qué tipo de padre quiere y necesita mi hijo que yo sea?

Existe una manera de abordar estas preguntas difíciles. El Dios que te ha llamado para sí y te dio un hijo para amar y cuidar, te mostrará su amor y cuidado a ti y a tu hijo en medio de este tiempo. Su Palabra, la misma Escritura que proclama el diseño divino para la sexualidad, puede guiarte fielmente a través de las aguas turbulentas de la relación con tu hijo. Jesús le dio a cada padre como tú una historia poderosa de fe, paciencia y esperanza – la parábola del hijo pródigo. Comienza leyéndola en Lucas 15. Es una historia acerca de un padre forzado a aprender cómo relacionarse con su hijo obstinado. Y

también es una historia acerca de cómo Dios, el Padre, se relaciona con todos sus hijos obstinados – tú entre ellos.

»Un hombre tenía dos hijos —continuó Jesús—. El menor de ellos le dijo a su padre: “Papá, dame lo que me toca de la herencia”. Así que el padre repartió sus bienes entre los dos. Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. »Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la región, y él comenzó a pasar necesidad. Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada.

Por fin recapacitó y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros”. Así que emprendió el viaje y se fue a su padre.

»Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: “Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo”. Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”. Así que empezaron a hacer fiesta. (Lucas 15:11-24)

Notemos que el Padre no intenta convencer a su hijo que desistiera de su decisión, como tampoco intenta impedirla de alguna manera (como si un padre pudiera impedir que un hijo adulto tomara sus propias decisiones). La historia, que tiene la típica escasa narrativa encontrada en muchas de las parábolas de Jesús, no nos permite tener un vistazo de la relación que tenía el padre y su hijo previo a su partida, como tampoco se expone en los sentimientos del padre cuando su hijo se marchó. Entre el tiempo en que partió su hijo (tomando sus propias decisiones) y su regreso (teniendo un corazón cambiado), el padre hace dos cosas cruciales: espera y vela.

El padre no intenta controlar la situación o manipular a su hijo. En vez de eso, demuestra fe y confianza a través de su espera y vigilia tranquilas. Confía en que esta historia en su vida y en la de su hijo, es parte de la historia de Dios para ambos; una historia que abre puertas para la intervención de Dios de maneras asombrosas. Si te encuentras en esta situación, al meditar en esta historia, aprenderás mucho de cómo Dios obra en nuestra espera.

En espera y en vela.

¿Cómo deberías responder a tu hijo? Una respuesta apresurada, que usualmente surge del dolor y el temor, podría establecer el tono de las interacciones futuras con tu hijo. Nuestra tendencia humana es movernos, controlar la situación y regresar las cosas a la “normalidad” lo más pronto posible. Pero muy a menudo tales respuestas sólo causan más complicaciones. ¿Por qué? Las respuestas rápidas que se originan en tu dolor,

establecen una dinámica relacional de control, enojo, miedo y falta de respeto con tu hijo adulto. Sí, te afecta fuertemente que está yendo por un camino equivocado y espiritualmente peligroso. Pero antes de emprender cualquier acción rápida, da un paso hacia atrás. Examina tu relación con tu hijo o hija.

A menudo la mejor decisión que puedes tomar en este punto es esperar que Dios traiga a tu hijo a la obediencia. Esperar en Dios es difícil cuando tus emociones están agitadas. Pero esperar no es lo mismo que estar pasivo. Se trata de una labor activa llena de fe.

¿A qué te está llamando Dios mientras esperas en él? Primero, nos llama a permitirle obrar profundamente en nuestros propios corazones. No importa dónde estemos espiritualmente, una crisis es una oportunidad en el evangelio que Dios usa para mostrarnos nuestros propios corazones, con el fin de acercarnos y profundizar nuestra relación con él. Aunque en un momento dado experimentemos conmoción, decepción y enojo, necesitamos recordar que Dios está consciente, al final de cuentas, de nuestro sufrimiento. El Dios de la Escritura es un Dios que conoce el sufrimiento. Nos invita a acercarnos a él mientras esperamos a que él obre en la vida de nuestro hijo.

En tu espera, lo más probable es que enfrentes varios de estos asuntos:

Duelo. Un tiempo después de escuchar el anuncio de tu hijo, la conmoción inicial y el entumecimiento emocional comenzará a desaparecer. Al ir asimilando la nueva realidad, la conmoción será reemplazada por el duelo. Si tu hijo se había sincerado anteriormente respecto a su sexualidad, su intención de casarse con su pareja puede sentirse como el último clavo en el ataúd. Habías esperado y soñado que cambiara, pero ahora tus esperanzas y sueños sobre su día de bodas ha sido destruido. Puede ser que afloren culpa y decepción. Como padres tienen asuntos nuevos por los cuáles preocuparse: ¿Cómo serán las interacciones futuras? ¿Qué impacto tendrán en tu propio matrimonio las decisiones de tu hijo? ¿Qué pensarán la familia y los miembros de la iglesia de la situación, y qué les dirás? Quizá te sientes solo, especialmente si no conoces a nadie más que esté atravesando la misma situación. Sin embargo, aun en tu duelo intenso, ahora es el tiempo para que vayas al Salvador que es un varón de dolores, experimentado en quebranto (Isaías 53:3). No sufras solo; derrama tu corazón a aquel que experimentó de primera mano lo que estás sintiendo. Permítete llorar y lamentar, al mismo tiempo que pones atención cercana a la condición de tu corazón. Es algo imperativo para tu sobrevivencia que hagas duelo sincero por el dolor y pérdidas que trajo la decisión de tu hijo. Enfrentar este nivel de dolor y decepción sin amargarte requerirá de tu parte que busques una relación más profunda con el Señor.

Culpa. El proceso de duelo y la sanidad que emergerá al atravesarlo, conducirá a nuevas preguntas: ¿Cómo pasó esto? ¿Fue algo que pasé inadvertido? ¿Por qué Dios permitió que esto le pasara a mi hijo? Estas preguntas no están mal y a menudo son parte importante de la introspección, pero es importante observar la dirección a la que llevan

estas preguntas. Este tipo de cuestionamientos, a menudo, son una defensa en contra del dolor que se está experimentando. Es peligroso señalar con el dedo de la culpa a uno mismo, a Dios, o a otros por las decisiones de nuestro hijo. Nos puede conducir a enojo, desesperanza o auto-justicia, sin acercarnos para nada a una respuesta.

Las preguntas del tipo “Por qué”, usualmente no se pueden contestar. Muchos factores contribuyeron a las decisiones que ha tomado tu hijo. Las causas exactas de la homosexualidad no pueden ser localizadas con certeza en la vida de un individuo. Existen múltiples causas probables que tienen distinto peso para diferentes personas. No puedes retroceder el tiempo y cambiar esos factores en la vida de tu hijo. El único factor que puedes cambiar es cómo respondes ahora y en el futuro.

Aprendiendo a escuchar. Entre tanto, tu relación con tu hijo o hija debe continuar. Puedes sentir que ya no conoces a tu hijo, pero no es así. Bázate en los años que lo has amado y lo has cuidado, y luego haz algo que puede ser muy difícil de hacer: invita a tu hijo a compartir su corazón y su experiencia contigo. Mantén vivo el diálogo. Esto te ayudará a construir un fundamento de respeto mutuo. Pídele que te relate su versión del pasado, pero hazlo después de haber aceptado que su interpretación será diferente a la tuya. Puedes esperar que esta será, probablemente, la parte más difícil de mantener una relación con tu hijo o hija. Aplica Santiago 1:19-20: Todos deben estar listos para escuchar, y ser lentos para hablar y para enojarse; pues la ira humana no produce la vida justa que Dios quiere.

Por muy doloroso que esto sea, es algo esencial para continuar conectado con tu hijo o hija ahora y en el futuro. Será útil, tanto para ti como para tu hijo, recordar que escuchar no es lo mismo que estar de acuerdo. El hecho de escuchar no implica aprobación de su dirección en la vida, pero sí comunica amor a tu hijo, al mismo tiempo que te da el derecho de compartir tu corazón. Esto puede crear oportunidades para incluir a Dios y a la Escritura en esta conversación en curso.

Batallando con tu propio corazón. Al hacer a un lado la culpa nos liberamos para examinar nuestros propios corazones y su impacto en las personas que amamos. ¿Estás teniendo largas noches de insomnio? Aprovechalas para que Dios te desafíe con preguntas importantes tales como las siguientes: ¿Cómo contribuyeron mis decisiones como padre al camino que eligió mi hijo? ¿Cómo mis fallas como padre le apuntaron hacia el camino que ha tomado? Una reflexión sincera y con mucha oración ayudará a revelar el contenido real de nuestro propio corazón, exponiendo pautas de pecado y fallas en el amor. Esto no se trata de amontonar la culpa sobre ti mismo, y ciertamente no cambiará lo que ocurrió en el pasado. Entonces, ¿Por qué pasar por el doloroso proceso de batallar con tu propio corazón? Porque es en este proceso reflexivo que nos topamos cara a cara con nuestra propia rebeldía. Romanos 3:23-25 es muy claro: ...pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente

mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre.

Puede ser que no hayamos escogido el mismo camino de pecado que nuestros hijos, pero nuestros corazones en cada latido son igualmente propensos a alejarse de Dios. También nosotros podemos encontrarnos en el lugar del hijo pródigo de Lucas 15. Sólo cuando vemos nuestro propio pecado comenzamos a darnos cuenta de nuestra necesidad desesperada de un Salvador. Sin un Salvador no hay regreso a nuestro Padre que está en los cielos. Cuando reconocemos nuestra propia rebeldía espiritual, podemos ver cómo nos amó Cristo a través de su muerte en la cruz. Nuestra salvación y nuestro caminar continuo de fe en Cristo son regalos que Dios nos da. Para ver verdaderamente a nuestro hijo, primero necesitamos vernos a nosotros mismos a la luz de la gracia de Dios. Es esta profunda perspectiva cristiana la que evitará que te sientas más “justo” en comparación con tu hijo y sus elecciones en la vida.

Encontrando esperanza verdadera. El padre del hijo pródigo en Lucas 15 vela esperando por el regreso de su hijo, y el arrepentimiento de su hijo. Su compasión, tan evidente al regreso de su hijo, es tan profunda que lo imaginamos pensando en sus respuestas, vigilando atentamente y atreviéndose a tener esperanza. No obstante, debemos ser cuidadosos de dónde ponemos nuestra esperanza. Nuestra esperanza no debe estar en nuestra habilidad para cambiar la mentalidad de nuestro hijo, ni en la bondad del corazón de nuestro hijo. La esperanza que es puesta en cualquier cosa que no sea Dios mismo está destinada a decepcionarnos. En vez de eso, debemos depender totalmente del Espíritu Santo para obrar el cambio en el corazón de nuestro hijo. Por supuesto, puedes orar para que tu hijo se aleje de las relaciones homosexuales y llegue a creer en el diseño divino para la sexualidad y las relaciones. Pero la expectativa de que tu hijo se vuelva heterosexual no es una esperanza a la cual aferrarse. Tienes que depender absolutamente en Dios para el cambio en el corazón de tu hijo. Ora para que tu hijo se aferre a Cristo y le obedezca como se nos revela en la Escritura. Mientras oras por un cambio en las circunstancias de tu hijo, depende en el Dios que es soberano sobre todas las cosas, en vez de poner tu esperanza en personas o circunstancias que no puedes controlar.

Tu fe. El tiempo de Dios raras veces es el nuestro. Usualmente el cambio toma más tiempo que el que esperamos. Esto es difícil. Como dice Proverbios 13:12: La esperanza frustrada aflige al corazón; el deseo cumplido es un árbol de vida. Se cuidadoso en proteger y nutrir tu fe, alimentándola con dosis generosas de las promesas de Dios encontradas en la Escritura, tales como su promesa en Filipenses 4:19 de que te sostendrá diariamente: Así que mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús. Recurre a los Salmos para encontrar palabras de esperanza dadas por Dios para enfrentar el sufrimiento, para que puedas hablar con él en tu dolor y aprender a aferrarte a él en medio de los tiempos difíciles. Medita profundamente en pasajes, tales como Salmo 94:17-19: Si el SEÑOR no me hubiera

brindado su ayuda, muy pronto me habría quedado en mortal silencio. No bien decía: «Mis pies resbalan», cuando ya tu amor, SEÑOR, venía en mi ayuda. Cuando en mí la angustia iba en aumento, tu consuelo llenaba mi alma de alegría.

Otras personas. Quizá te sientes avergonzado o apenado por la dirección que ha tomado la vida de tu hijo. Quizá inicialmente has tratado de mantener en secreto la información. Esto es comprensible, pero es un impulso que surge de la vergüenza. Resístete a caer en ello. Es espiritualmente peligroso. Recuerda que tu identidad no está basada en las acciones de tu hijo, ni está basada en las opiniones que los demás tengan de ti. Está basada en la aceptación que Dios tiene de ti en Cristo, y en él, no tienes que estar avergonzado: Radiantes están los que a él acuden; jamás su rostro se cubre de vergüenza. (Salmo 34:5).

Una manera crucial de proteger tu fe es que te acompañen en el proceso personas que conozcas y en quienes confíes. Las familias que no buscan ayuda están más propensas a cambiar sus puntos de vista bíblicos respecto a la homosexualidad porque están aisladas. Es difícil mantener una posición bíblica al mismo tiempo que quieres sostener una relación amorosa con tu hijo o hija. Puedes recibir presión intensa por parte de tu hijo, argumentando que la única manera de mantener una relación contigo es que abandones tu postura según tu fe. Esto puede causarte un profundo conflicto interno. No obstante, la manera de mantener una relación con tu hijo no es cambiar tu postura. Tal presión y ultimátum no es algo amoroso de su parte. Necesitarás a personas en tu vida que te ayuden a discernir cómo mantener tu relación con tu hijo al mismo tiempo que te adhieres a la verdad. Debes tener una comunidad pequeña de amigos y creyentes que estén dispuestos a caminar contigo en este viaje.

La pareja de tu hijo. Si vas a intentar trabajar en la relación con tu hijo, no puedes simplemente excluir a su pareja. Ten en cuenta que será difícil amar a esta persona porque cada vez que lo ves con tu hijo, hace emerger todo el dolor, sufrimiento y otras emociones con las que has estado lidiando. La realidad es que el amor a tu hijo se mostrará en tu interés en su vida, lo cual incluirá llegar a conocer también a su pareja. Esto implicará discernir cómo se aplican tus creencias a circunstancias complejas, algunas de las cuales son imprevistas. Las reuniones familiares, tales como el día de Acción de Gracias y Navidad, son momentos cuando se acentúa al máximo la tensión entre las creencias y las relaciones. Ten en cuenta que estos eventos son simbólicos – no sólo para ustedes como padres, sino también para tu hijo adulto y su pareja. Como padre, puedes sentirte en la libertad de establecer límites basados en tu nivel de tolerancia, particularmente cuando se trata de asuntos tales como si tu hijo y su pareja pernoctarán en tu casa, comerán juntos en tu casa o celebrarán los cumpleaños como una familia.

Pero no cometes el error de pensar que tu autoridad parental significa que eres la única persona que se debe tomar en cuenta. También hay otros miembros de la familia. Establecer límites claros no garantiza que todos los conflictos se resolverán fácilmente,

pero es más probable que tus hijos adultos acepten tus límites si entienden tu razonamiento, aun si no están de acuerdo contigo. Considera los siguientes tres ejemplos:

Ron y Nancy decidieron que su hijo sería bienvenido a quedarse con ellos en Navidad, siempre y cuando no trajera a su pareja. Querían edificar la relación con su hijo, pero querían evitar dar el mensaje que aprobaban su relación. Su hijo, sin embargo, interpretó esta invitación como evidencia de que sus padres no querían tener una relación con él – como un insulto para él y su pareja. A pesar de las buenas intenciones de Ron y Nancy, la ausencia de una buena comunicación los condujo a un distanciamiento relacional cada vez más marcado.

Juan y Susana prefieren reunirse con su hijo y su pareja para una comida en un restaurante, lo cual es una manera de ceder de ambas partes. Se extienden hasta donde pueden, reservándose el derecho de mantener un límite que es simbólico para ellos, el recibirlos en su hogar. Por su parte, la hija ha aceptado su invitación en vez de decir: “Nos tienen que aceptar como pareja en su hogar o no me volverán a ver para nada”. Tanto los padres como la hija adulta se están esforzando, dispuestos a estirarse hasta cierto grado con tal de mantener el contacto en una situación difícil. En este caso, la comunicación clara hecha con amor permite que ambas partes se entiendan, al mismo tiempo que se respetan límites.

Bill y Megan abrieron su hogar a su hijo y a su pareja. Después de todo, fue el hogar donde creció su hijo. Bill, Megan y su hijo se esforzaron para abrir líneas de comunicación a pesar de las diferencias en sus creencias y decisiones. Los esfuerzos por permanecer conectados permitieron que Bill y Megan establecieran límites aceptables a su hijo durante su estancia en su hogar. La relación que Bill y Megan querían con su hijo se conservó, aunque cambió en muchos sentidos por sus decisiones. Al mismo tiempo, comunicaron claramente su adherencia a la Escritura en asuntos de sexualidad con palabras y acciones respetuosas.

La boda: ¿Participar o no participar?

En nuestro mundo, muchos padres se encuentran en una situación similar a la de los padres de Sharon en la historia del principio. Estando heridos y apesadumbrados por la revelación de las decisiones pecaminosas de sus hijos, los padres están enfrentando decisiones difíciles y dolorosas para las cuales no hay respuestas fáciles ni muchas directrices. El asistir o no asistir a la boda en sí marca un precedente para futuras interacciones con tu hijo y su pareja. Cuando llega la hora de la hora, las reacciones parentales varían, pero inevitablemente caen en una de estas cuatro alternativas.

1. *Cortar completamente la relación con tu hijo.* Algunas veces el dolor que resulta de la decisión de un hijo es demasiado para los padres. Parece más viable separarse completamente de tu hijo para reducir el dolor y actuar de acuerdo con tus creencias. Pero esta acción eleva la creencia a expensas de la relación.

2. *Aceptar la homosexualidad de tu hijo.* Asistir a la boda con gozo, apoyando de esta manera este compromiso de por vida. Aunque esta es la opción celebrada en nuestra cultura, los padres que la escogen están haciendo a un lado la enseñanza bíblica de que las uniones del mismo sexo están en desobediencia directa a la ley de Dios. Aunque las normas culturales comienzan a cambiar, las creencias y valores centrales cristianas no están sujetas a negociación. Esta acción eleva la relación a expensas de la creencia bíblica.
3. *No asistir a su boda, pero seguir en conexión con él o ella.* Al no asistir a la boda, evitas enviar el mensaje de que apruebas la relación. Estás consciente que tu hijo puede interpretar tu decisión como una indicación de que no quieres una relación con él, así que esfuérzate por mantener abiertas las líneas de comunicación. Es un riesgo que los padres deben decidir si tomarlo o no. Esta acción se desarrolla en la tensión de permitir que nuestras creencias dirijan nuestras relaciones.
4. *Asistir a la boda, pero con duelo.* Aun cuando te has asegurado de dejar clara tu postura, hay que recordar que es “su día”. Compártelo con ellos como has compartido otros hitos en sus vidas aun cuando no endosas sus acciones y tu corazón está lleno de dolor. Estás intentando mantener las puertas abiertas en la relación con tu hijo, con la esperanza de que un día pueda ver que su relación con su pareja está fuera del diseño de Dios y, por lo tanto, es pecaminosa. Esta respuesta también ocurre en medio de la tensión de permitir que nuestras creencias dirijan nuestras relaciones.

Sólo las dos últimas alternativas logran lo que está apegado a la Escritura y honra al Señor. Comunican gracia y verdad en medio de la complejidad de las relaciones en un mundo caído. También reflejan el espíritu de la parábola del hijo pródigo. El padre mantuvo abierto su corazón a su hijo rebelde. Se aferró al evangelio, que demostró hermosamente en el perdón y aceptación de su hijo a su regreso. El padre nunca clausuró la relación con su hijo, como tampoco solapó o menoscabó el pecado de su hijo. Recuerda, el padre celebró el arrepentimiento de su hijo. Quizá tu hijo no esté en el punto de su regreso y arrepentimiento, pero aún necesita ver el evangelio vivo en tu propio corazón hacia él.

Decidir cuál de las dos opciones elegir es una decisión que debe estar rodeada de oración y buen consejo. Sin embargo, al final de cuentas, es una decisión que sólo tú puedes tomar. Ninguna familia es igual; tus reacciones y límites serán diferentes a las de otros. Sin importar qué decidas respecto a la boda, es imperativo que te esfuerces por tener una relación con tu hijo basada en respeto y entendimiento mutuos. Piensa en el tipo de relación que quieres tener con tu hijo más adelante. Por la gracia de Dios, los padres cristianos son capaces de construir puentes y forjar una relación que funciona para todos en el futuro.

En esta ocasión ya es tu caso: ¿Asistirás a la boda de tu hijo?

A continuación, hay dos puntos de vista contrastantes que ilustran las alternativas presentadas en este artículo. Ambas ilustran claramente el peso puesto sobre los padres cuando un hijo adulto decide unirse en una ceremonia de compromiso con alguien de su mismo sexo. Se llega a diferentes conclusiones. Las emociones y el conflicto no pueden ocultarse al batallar los padres con la pregunta de cuál sería la mejor manera de amar a su hijo o hija a la luz de la Palabra de Dios. ¿Qué decidirías?

Primer escenario: Como padres asistiremos a la boda. ¡Este es su día!

Nuestra hija se comprometerá de por vida con alguien a quien ama profundamente. La educamos para creer en el amor incondicional de Dios y en la gracia de Jesucristo, nuestro Señor. Aunque no estamos de acuerdo con su decisión, creemos que ella y su pareja enfrentarán suficientes problemas en nuestra sociedad, entonces, para qué agregar el rechazo de aquellos que las aman más. Por esta razón, asistiremos a la boda lésbica de nuestra hija. Su compromiso no tiene la intención de lastimarnos. Este es su día y lo experimentaremos con nuestro amor incondicional hacia ella, a pesar de nuestro duelo y conmoción emocional. Asistir a la boda no comunica nuestra aceptación de sus decisiones en la vida, y lo hemos dejado muy en claro con ella. Pero deseamos mantener una relación de amor con ella.

Segundo escenario: No asistiremos a la boda de nuestro hijo. No podemos llegar tan lejos.

Amamos a nuestro hijo más que de lo que él imagina, y nuestros corazones están destrozados por este giro de los acontecimientos. Nadie entenderá el impacto total que han tenido sobre nosotros las decisiones de nuestro hijo. A pesar de su identidad gay nunca dejaremos de amarlo y siempre será bienvenido en nuestra casa. Nosotros no somos más que pecadores salvados por gracia. Amamos grandemente a nuestro hijo, pero sentimos una necesidad mayor de adherirnos a los mandamientos de Dios para nuestras vidas. En vista de eso, hemos concluido que no podemos dar nuestra bendición por medio de nuestra presencia en esta boda porque es algo que estamos seguros que Dios no bendecirá. No nos estamos desentendiendo de nuestro hijo. Él y su pareja serán bienvenidos a visitarnos y pasar tiempo con nosotros. Pero no podemos estar con ellos este día – no en una ceremonia que implicará, por su misma naturaleza y estructura, una bendición de Dios y de aquellos presentes. Si como resultado de esto, nuestro hijo corta relaciones con nosotros, lo seguiremos amando incondicionalmente y nuestra puerta siempre estará abierta. Seguiremos orando por nuestro hijo y su pareja. Nos aferramos a la promesa de Dios en Jeremías 32:27: Yo soy el SEÑOR, Dios de toda la humanidad. ¿Hay algo imposible para mí?

Quizá no existe una decisión más difícil que la que enfrentan estos padres. Estar en espera y en vela es un compromiso costoso. Es parte de la invitación de Dios para que seamos transformados a la imagen de Cristo. No es ni un proceso corto ni fácil. Piensa a largo plazo. Persevera. No ganarás nada perdiendo toda conexión con tu hijo. Hasta

donde te sea posible, demuestra el amor pródigo y de gracia que proviene de Dios. Ese amor que derrama sobre pecadores como nosotros. Ora para que, en el tiempo de la voluntad de Dios, tu hijo pueda por fin decidir a desligarse del estilo de vida gay. Aquellos que han cambiado de rumbo y dejaron la identidad gay atestiguan que fue la obra del Espíritu Santo, mediada, a menudo, a través del amor continuo de personas cristianas en sus vidas.

Mientras tanto, puedes buscar un estilo de vida que examina regularmente su propio corazón y camina por una senda de arrepentimiento. Al igual que el padre en la historia del hijo pródigo, espera y vigila, amando a tu hijo y esperando a que el Espíritu Santo le llame de regreso a casa. Lo ha hecho antes, y puede hacerlo de nuevo.